

EJERCICIO XII.

PARA EL DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.

INSTRUCCION DUODÉCIMA SOBRE LA MUERTE DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA.

Nunc, Domine, secundum voluntatem tuam fac mecum, et precipue in pace recipi spiritum meum: expedit enim mihi mori, magis quam vivere.

Ahora, Señor, haced conmigo segun vuestra voluntad, y disponed que yo muera en paz; porque me interesa mas morir que vivir. (*Tob., cap. 3, v. 6.*)

La Virgen santísima murió en Jerusalem en casa de María madre de Marcos. Se cree que algunos dias antes Dios le habia enviado el arcangel Gabriel, el mismo que la habia anunciado el misterio de la Encarnacion del divino Verbo. « María, le dijo el celestial
« embajador, Dios ha atendido á vuestros san-
« tos deseos; y me envia para deciros que os
« prepareis á dejar la tierra, porque os quiere
« en su compañía en el paraíso. Venid, pues,

« ó Reina mia, venid á tomar posesion de
« vuestro reino. Venid, toda la corte cele-
«stial os desea y os aguarda. »

A este feliz anuncio, María, la mas humilde de todas las criaturas, repitió las mismas palabras que habia dicho cuando se la anunció la Encarnacion del Hijo de Dios: « He aquí la esclava del Señor. Por un efecto de su bondad quiso escogerme por Madre: ahora por su misma bondad me llama al paraíso. Yo no he sido digna de ninguna de estas gracias; mas ya que el Señor quiere usar conmigo de su infinita liberalidad, estoy pronta en conformarme: hágase la voluntad de mi Señor y mi Dios. »

María, instruida del dia y de la hora en que debia dejar la tierra para ir á vivir eternamente en el cielo, lo hizo saber á los fieles de Jerusalem. Esta noticia les affligió sobre manera, porque despues de la Ascension del Salvador la Virgen santísima era todo el consuelo de la Iglesia. Tambien lo participó á san Juan, su hijo adoptivo, que no se habia separado jamás de ella, y la habia asistido constantemente. La Virgen visitó asimismo por la última vez los lugares santos de Jerusalem: se enterneció despidiéndose de ellos, sobre todo al apartarse del Calvario donde su amado Hijo habia exhalado el úl-

timo suspiro : y últimamente se retiró en su habitacion para prepararse á la muerte. Allí, recostada en una pobre cama, consolaba á los fieles, anegados en un mar de llanto por la cruel separacion de su Madre que iban á experimentar. Los ángeles la visitaban continuamente, y se alegraban al acercarse el momento en que iban á verla coronada en el cielo como Reina suya.

Muchos autores dicen, que los apóstoles y una parte de los discípulos del Salvador, que se hallaban dispersos en diferentes paises de la tierra, se hallaron milagrosamente reunidos en la habitacion de María antes de la muerte de esta ; y que la Virgen les dijo : « Hijos míos, mi divino Hijo me habia dejado « hasta ahora en la tierra por amor á vos- « otros, y para que yo fuese vuestra ayuda. « Ahora que la santa fe está extendida por « el mundo, y se han multiplicado los frutos « de la divina palabra, el Señor mi Dios no « juzga ya necesaria mi permanencia en la « tierra, y compadeciendo los dolores que « sufro en este penoso destierro, acaba de « atender á mis deseos de salir de esta vida, « y de reunirme con él en el cielo. Por lo que « toca á vosotros, continuad trabajando por « la gloria del Señor. Yo me separo de voso- « tros : mas os tendré siempre presentes en mi

« corazon : os conservaré siempre el mismo « amor ; y rogaré por vosotros en el cielo. »

Los apóstoles y los discípulos, afligidos porque iban á verse separados de su tierna Madre, le dicen : « ¡O María! Es cierto que « la tierra no es un lugar digno de Vos, y « nosotros no somos dignos de gozar de la « compañía de la Madre de Dios. Pero acor- « daos que sois tambien nuestra Madre. Hasta « ahora habeis sido la luz en nuestras dudas, « el consuelo en nuestras angustias, nuestra « fuerza en las persecuciones. ¿Nos abando- « naréis ahora en medio de tantos enemigos « y de tantos combates? Perdimos ya á Jesus, « nuestro Maestro y nuestro Padre que subió á « los cielos. Desde entonces solo en Vos habia- « mos encontrado consuelo ; y ahora perdién- « doos vamos á quedarnos huérfanos. ¡O Ma- « ría ! Quedaos con nosotros, ó mas bien lle- « vadnos con Vos. » Asi es como les hace ha- « blar san Juan Damasceno. « No, hijos míos, « repuso dulcemente la Virgen, no es esta la « voluntad de Dios : conformaos con lo que el « Señor exige de vosotros y de mí : vosotros « debeis aun trabajar en la tierra por la gloria « de vuestro Redentor, y para acabar de me- « recer la corona eterna que os está prepara- « da. Yo no me separo de vosotros para aban- « donaros, sino para socorreros mas desde el

« cielo por medio de mi valimiento para con
 « Dios. Quedaos en paz : yo os recomiendo
 « la santa Iglesia : os recomiendo asimismo á
 « las almas redimidas con la sangre del Hom-
 « bre-Dios. Estos son los recuerdos que os
 « dejo. Si me amáis, trabajad en provecho de
 « las almas y por la gloria de mi Hijo; pues
 « llegará un día en que nos volveremos á ver
 « reunidos en el paraíso para no separarnos
 « jamas. »

María los bendijo : aguardó la muerte, y con la muerte esperó la llegada de su divino Hijo que debía llevarla consigo al reino de la gloria y de la felicidad eterna. Esta esperanza la llenaba del mas dulce placer. Los apóstoles al ver que la Virgen iba á dejar el mundo, se postraron al rededor de su cama, é imploraron su intercesion. María les aseguró que no les faltaria, los consoló, y los animó á convertir el mundo. Llamó á san Pedro Gefe de la Iglesia y Vicario de Jesucristo : le encargó principalmente la propagacion de la fe, prometiéndole una especial proteccion. Luego, recordando el zelo con que san Juan la habia servido todo el tiempo que vivió despues de la muerte de su divino Hijo, le dijo : « Te agradezco, hijo mio, todos los servicios que has practicado conmigo : está seguro que no seré ingrata para contigo : yo me acordaré

« de tí incesantemente : yo te bendigo, y pe-
 « diré en tu favor la abundancia de la gracia
 « divina. » El instante de la muerte se acerca para María : el amor divino penetra con sus ardientes llamas el corazon de ese fénix celestial, consume todos los espíritus vitales, y por momentos se le ve declinar hácia su fin. Los ángeles acudian para acompañar á su Reina en su entrada triunfante al cielo; y Jesucristo se encargaba de su Madre santísima para conducirla al paraíso. Segun revelacion hecha á santa Isabel, el divino Salvador se apareció á su Madre antes que espirase : llevaba su cruz en la mano para manifestar la gloria especial que habia adquirido por medio de la redencion. San Juan Damasceno dice que Jesucristo la comulgó en forma de viático, diciéndole con amor : « Recibe, Madre mia, de mi propia
 « mano el mismo cuerpo que me has dado. » María habiendo recibido la última comunión, dijo al Salvador del mundo : « Hijo mio, en
 « tus manos entrego mi espíritu. Yo te recomiendo esta alma que has criado por un
 « efecto de tu bondad, á la cual has enriquecido con tantas gracias, y preservado por
 « un especial privilegio de toda mancha de
 « pecado : te recomiendo mi cuerpo, en cuyo
 « seno te has dignado tomar carne humana :
 « te recomiendo á mis hijos queridos, disci-

« pulos tuyos : ellos estan afligidísimos por mi
« tránsito, consuélalos tú mismo, tú que aun
« los amas mas que yo : dales tu divina bendi-
« cion, y al mismo tiempo comunícales fuerza
« para obrar cosas grandes por tu gloria. »

Cuando María se acercaba á los últimos instantes de su vida, se oyeron en el aposento deliciosos coros de música, dice san Gerónimo, y se vió iluminado con un admirable resplandor. A la vista de estos prodigios, conocieron los apóstoles que la Virgen se hallaba cerca del tránsito : redoblaron sus súplicas, la rogaron de nuevo que les diese su última bendicion, y que no los olvidase jamás. María se lo prometió, y los bendijo por última vez. Luego experimenta un trasportamiento tan vivo de amor, que la hace sucumbir, y exhala el postrer aliento. De este modo su alma grande y perfecta, esta hermosa paloma del Señor, fue desatada de las cadenas de esta vida, y pasó á la gloria celestial, en la cual reina y reinará por toda la eternidad.

Despues que la Virgen santísima hubo entregado su espíritu al Criador, todos los que estaban presentes se postraron á sus piés, besándoselos con el mas profundo respeto, y regándolos con abundantes lágrimas. Todos los fieles de Jerusalem y de sus contornos se apresuraron á ir á honrar el sagrado cuerpo de

María, santuario del divino Verbo hecho carne, y digno objeto de la veneracion de los ángeles y de los hombres. Todos los enfermos que se presentaron fueron curados. Y san Juan Damasceno, que nos refiere todo lo que él mismo habia aprendido de la mas antigua y constante tradicion, dice, que hasta los judíos que no se habian convertido sintieron los benéficos resultados de su poder, y fueron hechos participantes de los felices efectos de sus milagros.

Despues que cada cual hubo satisfecho su devocion, los apóstoles trasladaron los despojos mortales de María al barrio de Getsemaní, lugar de la sepultura, á tres ó cuatrocientos pasos de Jerusalem : siguieron los fieles con velas encendidas cantando himnos y cánticos : y el cuerpo fue depositado con el mayor respeto en el sepulcro que se habia preparado de antemano, y se cerró con una grande losa.

Juvenal, patriarca de Jerusalem, que vivia en el siglo quinto, escribiendo al emperador Marciano y á la piadosa emperatriz Pulqueria, dice que los apóstoles, alternando sucesivamente, pasaban el dia y la noche con el resto de los fieles al rededor del sepulcro, y mezclaban sus cantos con los de los ángeles, pues durante tres dias no dejaron de oirse los himnos armoniosos que habian comenzado en el

mismo instante de la muerte de la Virgen santísima.

EJEMPLO XII.

Efectos maravillosos de una tierna piedad hácia María.

Refiere el P. Nieremberg en su libro sobre la devocion á la Virgen santísima, que un sacerdote que amaba mucho á María, se sintió inspirado de los mas vivos deseos de verla, y le pidió esta gracia con instancia. María le oyó, y le envió un Angel para que le dijese que se le presentaria, mas con la condicion que desde entonces quedaria ciego por todo el resto de su vida. El piadoso eclesiástico aceptó la condicion sin vacilar. Sin embargo, para no perder enteramente la vista, quiso al principio mirar á la Virgen con un solo ojo, cerrando el otro; y en el momento en que despues quiso mirarla con los dos, desapareció la Virgen. Aflicto no de haber perdido un ojo, sino de no haber mirado á María con los dos, le suplicó que se le apareciese otra vez, consintiendo en quedar enteramente ciego. María atendió á sus ruegos, y le consoló apareciéndosele de nuevo; pero con la ventaja que en lugar de cegarle el ojo sano, le restituyó la vista de ambos.

PRACTICA XIII EN HONOR DE MARIA.

(De san Luis, rey de Francia.)

Honrad á la Virgen santísima, particularmente en el dia de sábado, que es el dedicado especialmente á la Virgen. San Luis, rey de Francia, tenia la costumbre de lavar los piés á los pobres en este dia. A ejemplo de este grande siervo de María, practiquemos en honor suyo

algunas obras de misericordia ó de caridad: hagámoslo todos los dias, y caso que no podamos, practiquémoslas á lo menos en los dias del sábado.

ORACION XII A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De san Ligorio.)

¡O María! Vos dejasteis la tierra y llegasteis al cielo, en donde reinais sobre todos los coros de los ángeles, como lo canta la Iglesia. Nosotros, miserables pecadores, sabemos que no somos dignos de veros en este valle de tinieblas; pero sabemos igualmente que en medio de vuestra grandeza no nos habeis olvidado, por mas que seamos pobres y miserables. Vuestra elevacion ha contribuido á aumentar vuestra piedad hácia nosotros, desdichados hijos de Adan. Desde la altura de vuestro trono celestial dirigid sobre nosotros, ó María, vuestros ojos de misericordia, tened piedad de nosotros, miradnos con compasion, socorrednos: mirad á cuantas tempestades, á cuantos combates estamos expuestos, mientras vivimos sobre la tierra. Por la santidad de vuestra muerte alcanzados la perseverancia en la gracia de Dios, para que al salir de esta vida podamos unirnos á los espíritus bienaventurados, y cantar vuestras alabanzas conforme mereceis. Amen.